

NUESTROS MONASTERIOS, ¿SON UNA TRANSPARENCIA DEL EVANGELIO?¹⁶¹

Este título enuncia un verdadero interrogante, y terrible: es preciso felicitar a quienes han tenido el valor de plantearlo; pero, para responder con honestidad, la única condición es esa forma de la sinceridad que es la objetividad. Uno de los signos de la vitalidad de la Iglesia es que su magisterio la haya formulado claramente, a raíz del Concilio Vaticano II y en la Exhortación pastoral de Pablo VI a los religiosos, cuyas primeras palabras indican el tema: “*Evangelica testificatio*, el testimonio evangélico”. Corresponde ahora a quienes se ven cuestionados –los religiosos– el dar, o no dar, ese otro signo de vitalidad que sería una respuesta positiva. Si tal Superior general habla hoy, con tanta insistencia, de la necesidad de “volver al Evangelio” y “de vivir en él sinceramente la regla”¹⁶², ¿no es esto indicio de que se habían apartado de él y de que la existencia no estaba realmente impregnada de él? Una encuesta reciente sobre la religión de los habitantes de Roma reveló que el 26,4 % coloca a las religiosas a la cabeza de una lista de los motivos que ellos tienen para mirar con antipatía a las instituciones eclesíásticas. La responsabilidad de semejante actitud ¿recae únicamente sobre la ignorancia o la mala voluntad de la cuarta parte de la población de esa ciudad, considerada como cristiana, o no será también compartida por las 20.500 religiosas que constituyen un porcentaje de uno por cada trescientos romanos?¹⁶³. Se comprende que teólogos, respondiendo a los deseos del Concilio, del Papa, y de muchos entre los propios religiosos, escruten el Nuevo Testamento a fin de encontrar allí los fundamentos espirituales de la vida religiosa¹⁶⁴.

Nuestros monasterios no están dispensados de interrogarse de igual modo. Y la respuesta que uno se ve obligado a dar, cuando se han visto muchos de ellos, no puede ser simplemente afirmativa o negativa. Pero puede ello desarrollar el interrogante dándole la forma de un examen de conciencia propuesto a cada monje, a cada monja, y a cada comunidad. Puede enfocar dos puntos principales: ¿cuál es este Evangelio del que uno se pregunta si se transparenta en nuestras existencias conventuales?; y, ¿se transparenta en realidad?

I. EL EVANGELIO

¿Qué se entiende por este término? Hay que evitar muchos defectos de método en este punto. Primeramente, es preciso desconfiar de un “literalismo” que exigiría que se apliquen a la letra ciertos versículos de los Evangelios, los que son juzgados según el criterio que constituyen, sin tomar en cuenta ni el género literario que determinó y explica la significación de esos textos, ni las circunstancias históricas, el medio cultural y la tradición espiritual, únicas que permiten comprenderlos correctamente. Otro exceso sería una especie de idealismo, gracias al cual se proyectaría, tanto sobre el pasado como sobre el presente, una especie de mito o de concepción abstracta de lo que debiera haber sido o debería ser el Evangelio. Desde la edad media, la historia conoció, en varias Iglesias de Occidente, más de un “despertar evangélico” de este tipo, que insistía sobre un aspecto particular –a veces exageradamente exterior– del mensaje que se identificaba con el Evangelio, hasta tal punto que se olvidaban otros elementos auténticos. Es bueno ver que este escollo fue evitado por el movimiento *evangélico* anglicano del siglo XIX y

¹⁶¹ Tradujo: Hna. Clotilde Barbé, osb. Abadía Santa Escolástica

¹⁶² Charles H. BUTTIMER. Superior general de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, *Is religious life to survive?*, en *America* del 3 de febrero de 1973, pp. 86-87.

¹⁶³ Según una encuesta de la CIRIS (Centro di ricerche sociali dell'Università Gregoriana di Roma), compendiada por E. MASSINA, *Vita religiosa nella società che cambia*, en *La Rocca*, enero 1973, p. 19.

¹⁶⁴ El libro de David M. STANLEY, SJ, *Faith and Religious Life: A New Testament Perspective*, Paulist-Newman Press 1972, es una de las obras mejores aparecidas últimamente en este campo.

por el concilio de renovación que fue el Vaticano II. Si, también nosotros, queremos precavernos, debemos cumplir tres condiciones que bastará enunciar brevemente:

1. Una vida conforme al Evangelio es asunto de conversión de corazón, de disposiciones interiores, antes de aparecer como manifestaciones visibles;
2. es preciso tender a vivir de todo el Evangelio y no elegir y privilegiar tales aspectos descuidando otros;
3. cada persona y cada grupo debe aceptar ciertos límites en lo que él podrá hacer patente del Evangelio. Según el antiguo principio, “*Non omnia possumus omnes*, (No podemos todos hacer todo)”, no se exige a todos el manifestar de igual modo todas las implicaciones prácticas de la exigencia evangélica fundamental.

No obstante, el Evangelio –si se entiende bien el término– es un todo, y si alguno de nosotros está limitado en la expresión exterior que da al Evangelio, debe sin embargo vivir de su totalidad. Y ésta, ¿en qué consiste? Para saberlo se podría uno preguntar qué incluían Jesús y sus discípulos bajo este término de *evangelio*, cuando éste fue anunciado, proclamado, predicado, aun antes de ser puesto por escrito en los textos que fueron llamados los *Evangelios*. Ahora bien, una simple mirada a una Concordancia del Nuevo Testamento es suficientemente esclarecedora: el Evangelio, conforme al sentido de los dos elementos que componen el término en griego, es esencialmente una “buena noticia”, la buena Noticia por excelencia, aquella que es, en definitiva, universal y que puede y debe transformar la existencia de todos los hombres: la buena Nueva que el Reino de Dios les es dado en Jesucristo por su Espíritu¹⁶⁵. En la enseñanza de Jesús según los Sinópticos, la Buena Noticia es siempre la del reino que habla sido prometido a los padres, y que llega en la Palabra que Dios dirige ahora a los hombres:

- una palabra de paz, capaz de poner fin a las divisiones religiosas anteriores, y de reconciliar, a aquellos que la acogen, con Dios y entre sí;
- san Lucas insiste sobre el hecho de que esta noticia liberadora es anunciada a los pobres¹⁶⁶, es decir, a aquellos que tenían la necesidad de este don de Dios;
- y para san Pablo, además, el Evangelio es siempre una noticia “de esperanza”, que infunde confianza al traer “la salvación”: es el anuncio “de la gracia de Dios”, del “nombre” de Jesús, convertido en “Señor”, de la gloria de Cristo”, de la inmortalidad”; es la fuerza de Dios para la salvación de todo creyente¹⁶⁷; es una verdad que “engendra en Jesucristo”, porque hace participar en el misterio de su persona, en toda su vida, en su muerte y en su resurrección. No es una medida humana¹⁶⁸;
- el *Apocalipsis* agrega que es ésta una noticia “eterna”, anunciada a toda la tierra¹⁶⁹.

No es solamente una verdad proclamada, es una realidad introducida en el mundo: un reino instaurado, una salvación que penetra e ilumina toda la existencia. Se trata siempre de un Salvador, que está ahí, presente, fuerte, operante, trayendo todos los bienes que habían sido prometidos para el Reino: la paz, la alegría, la justicia, el Espíritu Santo. Vino para aquellos “pobres”, que son, en el sentido bíblico del término, todos los que tienen hambre de Dios, los

¹⁶⁵ Pueden encontrarse columnas enteras de versículos del Nuevo Testamento, inteligentemente clasificadas, con sus referencias, en Soeur JEANNE D’ARC, etc. ... *Concordance biblique, Nouveau Testament*, Paris, 1970, pp. 26-27. Aquí no se dan sino algunas referencias.

¹⁶⁶ *Lc* 4,18; 7,22.

¹⁶⁷ *Rm* 1,16. D. MOLLAT presenta otros textos, art. *Evangile*, en *Dictionnaire de spiritualité*, VI 2, Paris, 1961, col. 1755.

¹⁶⁸ Textos *ibid.*, col. 1756.

¹⁶⁹ *Ap* 14,6.

que lo esperan y lo desean, los que tienen necesidad de esperanza, especialmente los “humildes” y los “pecadores”. Pues la salvación es ante todo un perdón: Jesús revela quién es él al tomar la iniciativa de ir hacia los pecadores para restablecerlos en la paz con él, con Dios¹⁷⁰. Se trata de un amor generoso, expansivo, que viene de Dios para ser comunicado a los hombres por el Espíritu Santo, enviado del Padre y de su Hijo encarnado.

El tenor del mensaje no se comprende plenamente si no se tiene presente a quién está dirigido: los pobres. A ellos está destinado el Evangelio. ¿Quiénes son esos pobres? Isaías pensaba en las condiciones precarias del restablecimiento de los exilados en Jerusalén. Sin embargo, la pobreza representaba para él, ya entonces, más que una condición material deficiente; implicaba una actitud espiritual; la fidelidad a Dios en la pequeñez, la indigencia, la debilidad. Igualmente ocurre con los “pobres” a quienes Jesús anuncia la buena Noticia del reino de Dios. Son las gentes sencillas, la muchedumbre de los humildes, el pueblo de la tierra, el que desconoce la ley y a quien los escribas y fariseos desprecian. Si se les proclama el evangelio, si son ellos los destinatarios a justo título, es porque la pobreza los preserva normalmente de la suficiencia; ella los predispone, mejor que las riquezas, a escuchar la buena Noticia y a discernir la compasión divina de la cual procede. De hecho, esos “pobres” ávidos del pan de la palabra, se estrechan junto al Buen Pastor “como ovejas que no tienen pastor”... A pesar de sus ilusiones, su liviandad, sus infidelidades, su inconstancia, esta muchedumbre sigue siendo el terreno propio para la buena Noticia mesiánica, y el reino encontrará allí, según la expresión de L. Cerfaux, “sus sujetos natos”¹⁷¹.

Así, la buena Noticia que es el Evangelio de Jesucristo, debe manifestarse por una vida de acuerdo con las Bienaventuranzas: una existencia marcada por la unión confiada con Dios, la humildad, la pobreza, la dulzura, en una palabra: la caridad.

Tal es, pues, esencialmente, este Evangelio del que debemos preguntarnos si somos su “transparencia”, conforme a aquellas acuciantes palabras de Pablo VI:

“Queridos Religiosos y Religiosas:

Según las modalidades que la llamada de Dios pide a vuestras familias espirituales, vosotros debéis seguir con ojos bien abiertos las necesidades de los hombres, sus problemas, sus búsquedas, testimoniando en medio de ellos con la oración y con la acción, la eficacia de la buena Nueva de amor, de justicia y de paz. La aspiración de la humanidad a una vida más fraterna, a nivel de las personas y de las naciones, exige ante todo una transformación de las costumbres, de las mentalidades y de las conciencias. Tal misión, común a todo el Pueblo de Dios, es vuestra por título particular. ¿Cómo cumplirla si falta ese gusto del absoluto, que es el fruto de una cierta experiencia de Dios? Esto equivale a subrayar cómo la auténtica renovación de la vida religiosa es de capital importancia para la renovación misma de la Iglesia y del mundo.

Este mundo, hoy más que nunca, tiene necesidad de ver en vosotros hombres y mujeres que han creído en la Palabra del Señor, en su Resurrección y en la vida eterna, hasta el punto de empeñar su vida terrena para dar testimonio de la realidad de este amor que se ofrece a todos los hombres. La Iglesia no ha cesado de ser vivificada en el curso de la historia y de alegrarse por tantos Religiosos y Religiosas que, en la diversidad de sus vocaciones fueron testimonio viviente de un amor sin límites y de Jesucristo. Esta gracia ¿no es para el hombre de hoy como un soplido vivificador venido desde lo infinito, como una liberación de sí mismo en la perspectiva de un gozo eterno y absoluto?

¹⁷⁰ Sobre este punto ver el admirable capítulo de J. GUILLET, *Jésus devant sa vie et sa mort*, Paris, 1971, pp. 75-82.

¹⁷¹ D. MOLLAT, art. cit., col. 1749, con referencias; al final se cita L. CERFAUX, *La voix vivante de l'Évangile au début de l'Église*, Tournai-Paris, 1946, p. 16.

Abiertos a este gozo divino, renovando la afirmación de la realidad de la fe e interpretando cristianamente a su luz las necesidades del mundo, vivís generosamente las exigencias de vuestra vocación. Ha llegado el momento de esperar con la máxima seriedad una rectificación de vuestras conciencias si fuera necesario y también una revisión de toda vuestra vida para una mayor fidelidad”¹⁷².

Como lo dice muy justamente el término empleado por el Papa, el Evangelio, más que un programa de acción preciso y detallado, trae consigo una misteriosa “exigencia” que se impone a la conciencia, pero respeta la libertad en cuanto a sus realizaciones y manifestaciones Concretas¹⁷³. A cada uno de nosotros, y a nuestros monasterios, pues, el dejarse interpelar por ese misterio mediante un leal examen de conciencia.

II. LA TRANSPARENCIA

¿Qué misteriosas realidades dejamos nosotros transparentar en nuestras existencias y en nuestras comunidades? A quienes observan nuestra vida, ¿qué les permitimos entrever? ¿Es acaso realmente la persona y la obra de Jesucristo?, ¿es la caridad?, ¿es la salvación? ¿Somos un signo de esperanza?, y ¿para quién?, ¿de qué manera? ¿Somos mensajeros de la alegría en el Espíritu Santo?

Guardémonos, también aquí, de un simplismo ilusorio; no puede tratarse de una irradiación que sea siempre directa e inmediata, es decir, que no pase por ninguna forma, por ninguna mediación. También Jesús aceptó las de su tiempo y de su medio y utilizó sus medios de expresión. Pero, en nuestro caso, ¿estas mediaciones necesarias, disimulan su mensaje, o lo revelan? Y ¿a quién? ¿Cómo? ¿No hacen acaso visible, a veces, una cultura, un pasado o, por lo menos, en el mismo grado que el propio Evangelio? Ciertamente, nuestro cometido no es el de testimoniar una “cultura evangélica”, si por ello se entiende la del medio en que Jesús vivió. En nosotros, como en él, el mensaje evangélico siempre está ligado a una cultura a través de la cual debe proyectarse; pero debe mantenerse transparente. ¿Sucede así siempre? Los signos externos que presentamos a las miradas de los hombres en cuanto a nuestro estilo de existencia, nuestros edificios, nuestra economía, nuestra lengua –comenzando por la que usamos en la oración– ¿permiten captar el misterio que motiva nuestro celibato, nuestro desprendimiento, nuestra vida de comunidad, nuestra obediencia voluntaria, nuestra voluntad de caridad, de acogida y de compartir con los demás, y el anuncio del Evangelio, el amor, en fin, que está en nuestro corazón y la alegría que nos colma? Si estos signos limitan la transparencia del mensaje, ¿ante quiénes lo limitan más? ¿No es acaso entre quienes tienen deseo de Dios, entre quienes tendrían la mayor necesidad de un lenguaje que puedan ellos captar? Ciertamente, existen esos hambrientos de Dios entre los ricos y las gentes cultas; pero los hay también –y por lo menos en igual número– entre los pobres y los sencillos: la realidad de la salvación que inspira nuestra vida, ¿es tan transparente para ellos como lo es para una cierta “élite” que ha recibido holgura e instrucción?

Fácil sería multiplicar tales interrogantes, aplicándolos a cada uno de los puntos de nuestra vida: por ejemplo, ¿nuestro modo de ejercer y de aceptar la autoridad, o de practicar la pobreza, revela la actitud de servicio recíproco y de desprendimiento que exige el Evangelio, o asimismo ciertas formas de gobierno y de economía? En estos dos campos, ¿lo que determina las decisiones es un criterio evangélico, o son las concepciones personales de un hombre, de una mujer, o de varios, que están marcados por una tradición histórica? Nos preguntarnos: “¿Cómo referir tal conducta al Evangelio?”¹⁷⁴. Quienes nos ven, a veces se lo preguntan y, ¿qué

¹⁷² *Evangelica testificatio*, ns. 52-53.

¹⁷³ Es significativo el título de la obra de E. NEUNHAUSSLER, *Ansprach und Antwort Gottes*, Dusseldorf, 1962, traducido al francés bajo el título *Exigence de Dieu et morale chrétienne*, Paris, 1971.

¹⁷⁴ Tal es el problema que valientemente ha planteado el P. Abad Primado de los Benedictinos, R. WEAKLAND, *L'Abbé dans société démocratique*, en *Collectanea Cisterciensia*, 31 (1969), pp. 102-108.

responden, si tienen el sentido evangélico? ¿No deberíamos nosotros interrogarlos?

De una manera general, es todo el conjunto de nuestras instituciones lo que se pone así en tela de juicio. Es sin duda exagerado decir, como yo lo he oído, que entre las realidades de las cuales ha hablado el Evangelio, aquella de la que más damos testimonio es el fariseísmo. Esta pulla puede sin embargo encerrar una parte de verdad, en la medida en que a veces hacemos pasar la observancia de una legislación –así fuere la de las Constituciones, y hasta la de la *Regla*– por encima de una exigencia de la caridad evangélica. “A veces, nuestros hombres doctos –me escribía un monje– saben más de la *Regla* que del Evangelio”. Es alentador que muchos hoy, especialmente entre los jóvenes, prefieren oír hablar del Evangelio más que de la *Regla*. No que ésta no sea “evangélica”; pero, ya que lo es, mejor sería recurrir con mayor frecuencia a su fuente. Y, en su manera de ser evangélica, refleja un modo de interpretar los textos, cuyos límites los progresos de la ciencia bíblica hoy nos hacen percibir.

No soñemos con eliminar toda oscuridad en la tarea –tan difícil– de hacer transparente el Evangelio. Pero no nos resignemos tampoco a ambigüedades que no provienen de él. Siempre habrá una distancia entre la convicción que informa nuestra vida, y su expresión, entre nuestra actitud interior, y su manifestación. Pero debe haber correlación entre ellas, y la práctica no debe desmentir la inspiración.

Ahora bien, ¿la profesión de los consejos evangélicos no ha sido concomitante a veces con una situación económica y jurídica privilegiada que podía dar la impresión de que se estaba dispensado de las exigencias que tiene el Evangelio para todo creyente? ¿Una cierta interpretación del voto de pobreza, acaso nunca ha hecho aparecer a los religiosos como cristianos que siempre tienen el derecho de aceptar y nunca están obligados a dar? Hay barrios en Roma, y en otras ciudades –sobre todo en África y Asia, pero igualmente en otras partes del mundo– donde todos los edificios espaciosos, construidos con materiales costosos rodeados de espacios verdes y equipados con las instalaciones mecánicas más modernas, pertenecen a aquellos y a aquellas que han hecho voto de pobreza, o se preparan para hacerlo. Hasta son los únicos en la zona que viven en semejante marco, mientras que las gentes comunes tienen habitaciones menos dispendiosas. Y cuando uno les expresa extrañeza, se comprueba que, aun cuando a menudo de origen modesto, tienen, para justificar estos hechos, una apologética no inspirada en el Evangelio sino fundada sobre la generosidad de tal donante rico, o de la buena administración de los bienes del instituto, o de la necesidad de asegurar condiciones favorables para el estudio, la oración, y el trabajo apostólico. Indudablemente, todas estas actividades requieren medios, lo que ha hecho proverbial, en más de un lugar, la expresión: “ser rico como un misionero”. Y, sin lugar a dudas, se puede practicar el desapego, a título personal, en un marco de opulencia y en una institución cuyas finanzas son prósperas. Pero, en este caso, ¿es más apropiado hablar, en cuanto al mensaje evangélico, de transparencia o más bien de opacidad?

Reconozcamos con sinceridad –como lo han hecho los superiores de monasterios de América latina reunidos en Río de Janeiro en 1972¹⁷⁵–, que a pesar de las referencias verbales al Evangelio y a una auténtica búsqueda personal por parte de sus miembros, nuestros monasterios no son para el mundo –el mundo real, que no se reduce a una clientela “selecta”– el signo que debieran ser. Es doloroso pensar que tantos esfuerzos personales de virtud y de amor hacia los demás no lleguen a crear una institución que los manifieste. Y se comprende que algunos se pregunten –con una seriedad que merece respeto– si hay una fundada esperanza de restauración evangélica en las grandes comunidades. ¿No estamos en presencia de un estado demasiado pesado, de hecho, para ser modificado: arquitectura, usos, organizaciones jerárquicas

¹⁷⁵ *Encuentro monástico latino-americano de Río de Janeiro*. 20-30 julio 1972. Conclusiones finales del encuentro, en *Cuadernos Monásticos*, 7 (1972), p. 248. Para verificar en qué medida la situación aquí descrita era ya la de la Edad Media, se encontrarán numerosas indicaciones en G. ZIMMERMANN, *Ordensleben und Lebensstandard. Die Cura corporis in den Ordensvorschriften des abendländischen Hochmittelalters*. Münster Westfalen, 1973.

centralizadas, peso de las tradiciones, fuerza de ley reconocida a las ideas de quienes tienen miedo de modificar el *statu quo*? Si por fuerza de las circunstancias volviéramos a grupos más restringidos, más “ágiles”, podría no ser sin embargo sino un retorno a lo que fue el caso en la mayoría de los monasterios en la Edad Media, como también en los siglos XVIII y XIX¹⁷⁶. Aun más: si esta evolución no se diera sino bajo la presión de los hechos, no llegaría a la raíz misma de la situación. La verdad es que, sinceramente, hay monjes que buscan la “perfección” por los medios que se les proponen como eficaces sin haber verificado con anterioridad si están humanamente adaptados a los hombres y mujeres de hoy y, seguidamente, si son realmente aptos para llevar a una mayor caridad teologal. Es cierto que los monasterios ofrecen posibilidades de cultura religiosa, y hasta profana, que son privilegiadas. Los pequeños grupos carecen de los medios. Pero, en éstos, ¿el Evangelio no se ha hecho transparente de una manera más accesible a los pobres de Yahvé, a aquellos que experimentan la necesidad, para ellos mismos y para el mundo, de la indigencia de su reino?

Así, pues, como en el examen del Nuevo Testamento, la reflexión sobre los hechos nos lleva a esta pregunta primordial: ¿Nuestros monasterios, hacen transparente una esperanza de salvación? ¿Comunican al mayor número posible de hombres la certeza de que Jesucristo está allí, actuando en el mundo por su Espíritu, y que su gracia difunde la paz, la justicia, la caridad, con el gozo que es su fruto y el signo de su presencia? ¿Anunciamos una realidad divina, que es siempre “nueva” y siempre “buena”? La obligación de hacerlo incumbe a todos, lleven una vida de apostolado activo o una vida de oración. A los primeros, uno de ellos dirigía recientemente esta interpelación: “¿Qué rostro mostramos a estos hombres que nos ven vivir a menudo tan lejos de ellos? En la medida en que nos hemos hecho cercanos y solidarios, ¿es para vivir así, en la locura del mensaje de la cruz, la irradiación de la Presencia del Resucitado? ... En el fondo se trata no tanto de ser organizadores de obras –así sean secularizadas (sindicato, política...)– que de ser, en la comunión con Cristo pobre, allí donde él vive en este mundo, testigos de la presencia de su Resurrección”¹⁷⁷.

En cuanto a los contemplativos, su existencia no es de ningún modo en la Iglesia un lujo tan costoso como improductivo. “Nunca se lo dirá suficientemente: un *aggiornamento* del cristianismo que ignorase el papel de la oración y de la contemplación en la vida de la Iglesia, está condenado a la esterilidad. La Iglesia es inconcebible sin los contemplativos, al igual que la cultura es inconcebible sin poetas y artistas, cuya misión es la de mantener en el alma de los hombres lo que Marcel llama ‘los poderes de admiración’. El papel de la vida contemplativa es el de mantener vivo en la Iglesia “el gusto por Dios” y de mostrar que las bienaventuranzas evangélicas no son las proyecciones de un gran soñador, sino las promesas de un Dios fiel. Corresponde a los contemplativos testimoniar con la experiencia de una vida bajo el signo de los frutos del Espíritu, ‘amor, gozo, paz’, que las bienaventuranzas pueden llegar a ser realidad viva y liberadora para quienes buscan ante todo el Reino de Dios y su justicia”¹⁷⁸. Pero este testimonio de un teólogo debe completarse con el pesar de un hombre de acción que hacía sin duda referencia a las formas modernas de clausura de las monjas. Luego de haber comprobado, en el monacato, una renovación¹⁷⁹, el abate Pierre agregaba que, sin embargo, sus miembros “no dan ya, en el corazón de las masas, testimonio del esplendor de la luz misteriosa del Evangelio, en pleno drama humano, porque el pueblo ya no los ve vivir en comunidad ante sus ojos”¹⁸⁰.

De todas maneras, parece difícil eludir este dilema: si la vida religiosa parece a algunos que está

¹⁷⁶ Es lo que se desprende, en cuanto a la edad media, de los estudios de Lester K. LITTLE, *The Size and Governance of Medieval Communities*, en *Studia Gratiana* 15, Roma, 1972, pp. 377-398, y de los resultados de los trabajos de P. J. DUBOIS; ver, por ejemplo, su artículo titulado *La vie des moines dans les prieurés du moyen âge*, en *Lettre de Ligugé*, n. 133, 1969, pp. 10-33.

¹⁷⁷ Citado en el Boletín de la organización *Dialogue et coopération*, 1973, n. 1.

¹⁷⁸ A. DONDEYNE, *Comment s'articulent amour de Dieu et amour des hommes? en Revue théologique de Louvain*, 4 (1973), p. 11.

¹⁷⁹ *Abbé Pierre speaks*, Londres, 1957, pp 95-96.

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 175.

desprovista de actualidad –a pesar de los valores evangélicos que invoca– es que estos valores, o se viven mal o se comprenden mal. A cada uno de quienes llevan esta vida o que la ven vivir, incumbe preguntarse hasta qué punto es él responsable de una situación semejante, a fin de ponerle remedio, cueste lo que cueste, sin detenerse en soluciones fáciles. La enseñanza de la Iglesia, la experiencia, la fidelidad a un llamado que hemos recibido de Dios, mantienen en nosotros la muy firme convicción de que la vida religiosa, con el rechazo que implica de ciertos valores terrenos, es hoy un testimonio para quienes buscan la verdad, una ayuda para quienes deben vivir esos valores terrenos. Y, sin duda, lo que impresiona a nuestros contemporáneos no es solamente aquel “que sean uno” preconizado por Jesús como imagen cautivante, sino el hecho de presentar cristianos desapegados de lo que habitualmente aferra al hombre a la tierra y, al mismo tiempo, interesados en todo valor humano en virtud mismo de la buena Noticia que han tomado en serio y del amor con que ella ha impregnado su vida.

*Abbaye St. Maurice
Clervaux
Luxembourg*